



Centro de Estudios Internacionales para el Desarrollo

www.ceid.edu.ar - admin@ceid.edu.ar
Buenos Aires, Argentina

AMÉRICA SIGUE SIN DEFINIR SU IDENTIDAD

14/02/2011



Marcelo Javier de los Reyes*

El sociólogo y antropólogo argentino Guillermo Emilio Magrassi, conducía a mediados de la década de los 80 la serie televisiva "La aventura del hombre", uno de los mejores programas de esa época. En la introducción de los documentales siempre hacía un valioso aporte intelectual, sobre todo para quienes cursábamos por entonces carreras humanísticas. En aquella época no había Internet ni cable y la televisión se limitaba a prácticamente cinco canales, por lo que estos comentarios previos eran sumamente valiosos.

Uno de ellos lo dedicó a comentar el origen de por qué nosotros somos "latinoamericanos" y no americanos.

Los orígenes de nuestra denominación se remontan a la colonización y a la puja que existía entre las potencias europeas, a la

* *Licenciado en Historia graduado en la Universidad de Buenos Aires (UBA). Presidente del Centro de Estudios Internacionales para el Desarrollo, CEID, Buenos Aires, Argentina. www.ceid.edu.ar - jreyes@ceid.edu.ar*

que luego se sumaron los Estados Unidos, ambicionando conformar una América "sin europeos", como lo expresara la doctrina Monroe (1823).

Michel Chevalier (1806-1879), escritor y economista francés, fue quien acuñó el término "latina" para referirse a la parte hispana y portuguesa del continente americano y lo hizo en la recopilación de sus cartas titulada *Lettres sur l'Amérique du Nord* (1837), escritas durante su estadía en los Estados Unidos. A su criterio Francia, la nación latina más importante, estaba llamada a erigirse como la regente sobre los pueblos de América del Sur, esos pueblos hispano americanos que veía con desdén.

Arturo Andrés Roig, en su libro ***Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano***¹ se explayó sobre los nombres que, sucesivamente, fueron dados al continente:

En los siglos XVI Y XVII se hablaba de las Américas que integraban el Imperio español y el portugués, denominándolas "Indias Occidentales", "Nuevo Mundo", "Nuevo Orbe", etc. En el siglo XVIII se generalizó el ya por entonces antiguo término "América", y en relación con él aparecieron los de "América Española" y "América Portuguesa". Más tarde, en el siglo XIX, pasada su primera mitad, se hablará de "América Latina". A comienzo del siglo XX, y sin que dejaran de usarse a veces y en particular los nombres que se imponen desde la segunda mitad del siglo XVIII, se hablará de "Hispanoamérica", "Iberoamérica", "Indoamérica", "Euroamérica", "Eurindia", etc.

Asimismo Roig, se explayó sobre el origen francés de "América Latina" y al sentido que le dieron dos intelectuales americanos: el chileno Francisco Bilbao y el colombiano José María Torres Caicedo. Ambos lo hicieron en 1856, Francisco Bilbao en una conferencia dictada en París el 24 de junio y José María Torres Caicedo en un poema titulado *Las dos Américas*, también en París el 2 de septiembre². Francisco Bilbao le dio al término una impronta anticolonialista, antiimperialista.

Luego, el término "América Latina" fue utilizado en 1861 por el francés L. M. Tisserand y fue coincidente con la invasión de Napoleón III a México, es decir que tuvo su origen en las ambiciones imperialistas de Francia en América –en el marco de la reestructuración de su "gloria imperial" emprendida por el sobrino del primer Napoleón– e intentó identificar a los países colonizados por los españoles, portugueses y los franceses dentro de un mismo bloque. Esta utilización del término se

¹ Arturo Andrés Roig. *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*. México: Fondo de Cultura Económica, 1981.

² *Ídem*.

enmarcaba en una "ideología panlatinista" acuñada por los franceses y bien acogida por varios escritores hispanoamericanos³. Por esos años Francia deseaba imponer su autoridad ante Rusia, el Reino Unido y una Alemania que estaba forjando su identidad.



Esa identificación geográfica y cultural aún continúa. En la actualidad se conoce a América sólo como a los Estados Unidos y a los países latinos como América Latina –que en realidad constituyen geográfica y demográficamente la mayor parte de América–, deformando la concepción histórica americana. ¿Por qué no se habla de una América –en referencia a los países iberoamericanos– y una Angloamérica? Digo Angloamérica porque tampoco es correcto llamarla como "anglosajona" –otra confusión terminológica creada adrede– ya que según el diccionario de la Real Academia Española los sajones son los habitantes de Sajonia, Alemania. Claro que una parte de ese pueblo

³ *Ídem.*

germánico que habitaba antiguamente en la desembocadura del Elba, se estableció en las islas británicas en el siglo V, pero eso no lleva a que al conjunto de pueblos de esas islas se los considere sajones. Los celtas, por ejemplo, no lo eran ni lo son actualmente.

Evidentemente esta cuestión de considerar a los estadounidenses –no “norteamericanos”– como “americanos” tiene una intencionalidad que también ancló en el expansionismo de los Estados Unidos que se remonta a las primeras décadas del siglo XIX.

A propósito de esta clasificación, cabe aclarar que fueron los españoles quienes llegaron primero a estas tierras y descubrieron un nuevo continente. También fue la difusión de los mapas del nuevo continente realizados por el navegante florentino Amerigo Vespucci (1454 - 1512) –quien se persuadió de que entre no se trataba de las Indias sino de otras tierras–, que pasó a llamarse “América”.

A los españoles les siguieron, bien pronto, otros “latinos”: los portugueses. España y Portugal eran las grandes potencias de la época.

Del mismo modo me parece interesante mencionar que no fueron los británicos o los franceses los primeros en llegar a la “Angloamérica” o “Francoamérica”, es decir la región norte del continente, sino un militar español que buscaba la fuente del rejuvenecimiento. Juan Ponce de León –siguiendo las indicaciones de los aborígenes para encontrar esa fuente de aguas que rejuvenecían– desembarcó en Pascua de 1513 en un territorio que denominó La Florida y, con anterioridad, había descubierto Puerto Rico. En 1521 retornó a La Florida para fundar una colonia como gobernador.

Los verdaderos americanos, como hemos asumido conscientemente nuestra subordinación al imperio que sea, hemos creado una serie de instituciones en las que dejamos en claro que son “latinoamericanas” y no “americanas” como, *v. gr.*, la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), la Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI), la Conferencia Permanente de Partidos Políticos de América Latina (COPPAL) y el Sistema Económico Latinoamericano y del Caribe (SELA).



Aún hoy continuamos con la misma baja autoestima y eso lo demuestra la creación de la UNASUR, la Unión de Naciones Suramericanas, denominación que nos restringe nuevamente. Sin embargo, es paradójico que la web oficial de la UNASUR destaque el enorme potencial de la región:

- posee un PIB de US\$ 973 613 millones, con lo cual se constituye en la quinta potencia mundial;
- tiene una población de 361 millones de habitantes, la cuarta a nivel mundial;
- ocupa una superficie superior a los 17 millones de km²;
- sus exportaciones ascienden a 181. 856 millones de dólares;
- posee el 27% del agua dulce del mundo;
- dispone de ocho millones de kilómetros cuadrados de bosques, dos océanos;
- es la región que más alimentos produce y exporta en el mundo;
- dispone de hidrocarburos para 100 años;
- el 95% de sus habitantes tiene una sola religión;
- sus habitantes hablan dos lenguas mutuamente inteligibles;
- tiene una historia común y valores compartidos.

Si claro, alguien podrá decir que no se trata de una subordinación sino de una delimitación que intenta evitar que cualquiera ingrese a "nuestro club privado". La realidad es que si la intención es mostrarse al mundo como una potencia con una gran capacidad de expansión el club podría haberse llamado "Unión de Naciones Americanas" y dejar la posibilidad que otras naciones del continente –por ejemplo Canadá– solicite constituir su membresía.

Cabe aquí citar el ejemplo de la Unión Europea cuyos pilares se remontan a la época de una Europa dividida y no por eso se denominó "Comunidad Económica Europea Occidental" sino que dejó la puerta abierta para la expansión –criticable o no– que hoy está llevando a cabo sobre la otrora Europa del bloque comunista.

Cito nuevamente a Guillermo Emilio Magrassi quien, acaso por haber fallecido joven, no logró sembrar en profundidad sus ideas ni en nuestro país ni en América. En 1985, cuatro años antes de su muerte, escribió:

El país, al igual que la nación, sigue fragmentado. Somos como un archipiélago de islas separadas, vertical y horizontalmente, social y culturalmente. No basta siquiera con que podamos llegar a

reconocer nuestra pluriétnicidad, ni que lleguemos a encontrar en nuestra realidad pluricultural un motivo más o menos fundamental para ser pluralistas. Somos dependientes, periféricos, sobre todo culturalmente y porque no nos conocemos.

Esta visión acerca de la Argentina bien puede ser extrapolada y llevada a América. Tal vez cuando se refirió a "la nación" también podría haberlo hecho a América ya que podemos preguntarnos si es diferente la situación respecto a los denominados países latinoamericanos. Se escucha a la dirigencia hablar de "modelos", de "imperialismo", de "igualdad", de "progresismo", de "inclusión", de "trasparencia", del éxito en la reducción de la pobreza, se ha reescrito la historia, se han puesto nuevos próceres en los altares pero casi nada ha cambiado. Prácticamente en absoluto.

Ugo Pipitone escribió:

En 1965 los países de menores ingresos del mundo producían el 8 por ciento del PIB mundial frente a los países de mayores ingresos que aportaban el 69 por ciento. En 1997, los datos respectivos son del 2,4 y 80 por ciento. Dicho en síntesis, a fines del siglo XX, una sexta parte de la población planetaria produce cuatro quintas partes de la riqueza mundial, mientras que en el otro extremo, más de una tercera parte produce apenas por encima de dos puntos porcentuales de la riqueza mundial. Tal vez nunca como en este final del siglo XX la polarización de la riqueza mundial alcanzó niveles tan elevados. Por paradójico que sea, integración y desintegración mundial avanzan simultáneamente.⁴

Los americanos del sur recurrimos a discursos ampulosos, a la creación de instituciones que demuestran escasa operatividad y no vamos al meollo del problema que precisamente se dirime entre integración y desintegración. La realidad es que en nuestros discursos se utiliza mucho el término "integración" pero en el fondo no avanzamos en ese camino a través de verdaderas metas comunes, de grandes obras de infraestructura –como un ferrocarril que abarque la región y permita la extracción de la producción y las importaciones con bajo costo de transporte y menor contaminación– o la creación de grandes empresas que nos pongan en el centro del escenario internacional. Tampoco encaramos uno de nuestros mayores flagelos que es la corrupción, madre de buena parte de nuestros problemas económicos y sociales.

⁴ Ugo Pipitone. *Reflexiones sobre un presente acelerado. Regiones económicas, subdesarrollo e izquierda*. Madrid: Los libros de la Catarata, 2000.

En realidad, con la excepción de Brasil, y quizás Chile, carecemos de una dirigencia con un pensamiento geopolítico y estratégico. Carecemos de estadistas. En realidad, el mundo carece de estadistas como así también de filósofos o pensadores acordes a estos tiempos.

Nuestra América sigue sin definir su horizonte ni su identidad y, de esa manera, favorece los propósitos a los que se opone. La cuestión de la identidad es fundamental en el campo de las relaciones internacionales y un paso primordial para que la región encuentre su lugar en el mundo.

Debe reconocerse que, con todas sus falencias, se ha logrado una gran estabilidad en términos democráticos pero "democracia" no es una palabra mágica y nuestras sociedades esperan muchas respuestas y el pago de grandes "deudas internas". Mientras tanto su dirigencia continúa aislada, distante y fragmentada de la masa poblacional y esquiva los grandes desafíos en pos de sus propios intereses.

Seguir considerándonos "latinoamericanos" o "América Latina" es seguir asumiendo la identidad imperialista a la que, se dice, se intenta combatir. En estos años en que conmemoramos el Bicentenario de la Independencia sería bueno tenerlo en cuenta si, en verdad, deseamos despojarnos de las relaciones de dominación que hemos heredado.